

“¡Qué gente tan extraña era aquel pueblo extranjero!” estaba pensando Peonía. El hermoso anciano, la bella muchacha e incluso madame Ezra, guapa y majestuosa, se abrasaban todos por dentro. ¿Y por qué resplandecían sus ojos, y sus caras iban adquiriendo una expresión de transporte y sus voces aumentaban en gravedad mientras hablaban? Algún espíritu salía de ellos y los envolvía en una mágica unidad que la excluía a ella. Sus ojos cayeron sobre las manos de Leah, estrechamente unidas sobre sus rodillas. Eran como las manos de un muchacho, de dedos cuadrados, con las puntas fuertes y toscas. Peonía miró sus manecitas, que reposaban sobre el respaldo de la silla de madame Ezra... manos suaves, estrechas, pequeñas, los dedos afilados, como deben ser los dedos de una chica. Las manos de Leah eran como las de madame Ezra, excepto que las de madame no estaban ajadas por el trabajo. Eran suaves y gordezuelas y llevaban sortijas en los índices. Leah no llevaba sortijas.

—Sin embargo, no he venido a hablar de la sinagoga—seguía diciendo madame Ezra.

El rabino inclinó su plateada cabeza. Un pequeño bonete negro cubría su coronilla, y el pelo se le rizaba en las puntas.

—¿De qué entonces, hija mía?—preguntó cortésmente.

—Yo no sé si Leah debería quedarse o irse mientras hablo—dijo madame Ezra, mirando bondadosamente a la muchacha.

Leah se levantó.

—Me iré.

—No—decidió madame Ezra bruscamente—. ¿Por qué has de irte? Tú no eres una niña, y nosotros no somos chiquillos. Es completamente permisible hablar de tu matrimonio delante de ti.

Leah volvió a sentarse vacilante. Peonía la observaba de reojo, por debajo de sus pestañas. Ante la palabra matrimonio, un rojo intenso y rico inundó a Leah desde la nuca a los hombros, se deslizó por sus mejillas y llegó a las raíces de su cabello. Al observarlo, Peonía sintió que la sangre se escapaba de su cara, y su corazón empezó a latir lenta y pesadamente. La conversación seguía delante de ella como lo más natural, porque ¿quién iba a considerar si una sierva tenía corazón? Madame Ezra, con su perspicacia, podía pensar también que era bueno que ella oyera la conversación sobre el casamiento de David. Peonía bajó la cabeza y se quedó como una pequeña imagen de mármol, las manos unidas plegadas sobre el respaldo de la silla de madame Ezra.

—El matrimonio—repitió madame Ezra—. Es tiempo, padre de hablar de nuestros hijos. El mío ya no es un niño.

—Leah no tiene más que dieciocho años—dijo el rabino, vacilante—Además, ¿qué haría yo sin ella?

—A los dieciocho años se es una mujer—replicó madame Ezra—, y usted no puede retenerla para siempre. Podemos tomar una buena mujer judía para ocupar su lugar. Yo me encargaré de eso. Conozco lo que hace falta... Raquel, la hija de Elí, y esa mujer con quien él se casó...

—Una china—dijo el rabino, todavía más dudoso.

—Sólo en parte—dijo con firmeza madame Ezra—. Es difícil encontrar ahora sirvientas que sean solamente de nuestro pueblo. Yo misma utilizo sólo chinas. Es mejor no mezclarlas. Pero para ocupar el lugar de Leah aquí, desde luego debemos tener una mujer que comprenda los ritos y pueda ayudarle. Raquel sabe bastante de eso. Y su marido ha muerto.

—Él era chino—dijo el rabino, que jumbroso.

—Todo lo que podemos conseguir en esta época es que nuestros hijos se casen con mujeres de nuestro pueblo—replicó Ezra—. Por eso es por lo que quiero que se case mi hijo ahora. ¡Leah, tú debes ayudarme!

Una mirada de inquietud pasó por los profundos ojos de Leah.

—¿Cómo puedo ayudarla?—murmuró.

—Debes venir a visitarme—dijo madame Ezra—. Es natural y justo que a tu edad, cuando estás empezando a ser una mujer, vayas a visitar a la amiga de tu madre. Ella y yo éramos como hermanas y hace mucho que tengo metido en la cabeza que tú deberías venir conmigo.

Fueron interrumpidos por un ruido en la puerta. Aarón entró impetuosamente, pero se detuvo, confundido, ante la inesperada visita. Hizo un gesto de bochorno.

—¡Aarón!—murmuró Leah, angustiada.

—¡Hijo mío!—gritó el rabino—. ¡Qué suerte! Ahora podemos hablar contigo, Aarón; siéntate aquí, hijo mío, cerca de mí.

El rabino buscó una silla a tientas, pero Aarón no se acercó a él. Se sacó el turbante y se enjugó la frente. Fue Leah la que se levantó y movió la silla, poniéndola cerca del padre, y se la señaló a su hermano. Este se sentó, tratando de dominar su agitada respiración.

—¿Por qué has corrido?—preguntó el rabino.

—Porque quise—respondió Aarón de mal humor.

Era un joven pálido y menudo, de ojos pequeños y negros, muy juntos a cada lado de una estrecha nariz ganchuda. Su rizoso cabello asomaba, desaliñado, por debajo del turbante. Madame Ezra lo contempló con desagrado.

—No tienes el aspecto que debe tener el hijo del rabino—dijo majestuosamente—. Pareces tan vulgar como un hijo de cualquiera.

Aarón no respondió. En lugar de eso, le dirigió una impertinente y astuta mirada, hiriente por su hostilidad.

—¡Aarón!—volvió a murmurar Leah.

—¡Cállate!—ordenó él brutalmente, en voz baja.

—Hijo mío, ¿no saludas a nuestros visitantes?—preguntó el rabino.

—Prosigamos con nuestra conversación—dijo madame Ezra.

—Sí, sí—murmuró el rabino—. Aarón, madame Ezra quiere que Leah vaya a pasar una temporada con ella.

—Y quién nos va a cuidar a nosotros?—inquirió rudamente Aarón.

—Vendrá Raquel—replicó madame Ezra.

—¿Te molesta que vaya, Aarón?—preguntó Leah, algo tímidamente.

—¿Por qué ha de molestarme? Haz lo que quieras—replicó él.

Sus ojos giraron por la sala, cayeron sobre la silenciosa Peonía y allí se fijaron. Sintió ella su grosera mirada y no levantó los párpados.

Entonces madame Ezra lo vio, y se enojó. Se levantó, interponiéndose entre los dos.

—Decidámoslo así, padre. Leah puede venir mañana. Yo enviaré una silla de manos para ella, y Raquel vendrá a una hora temprana. Leah, tú puedes decirle todo lo que hay que hacer. Y no fijes día para tu regreso... Puedo tenerte una larga temporada.

Madame Ezra sonrió y le hizo un saludo con la mano a Leah, que se había puesto de pie cuando ella se levantó. Luego se inclinó para decirle adiós al rabino, y dejó la sala sin prestar atención a Aarón. El rabino se levantó también, y apoyándose en el brazo de Aarón, siguió a madame Ezra hasta la puerta.

Leah marchaba al otro lado, y Peonía iba delante para preparar a los portadores de sillas.

Así regresó madame Ezra a su casa. No se sentía complacida con sus propios pensamientos; Peonía podía verlo. Estaba muy silenciosa cuando llegó a sus habitaciones y dio unas órdenes breves para la preparación del pequeño patio del Este para Leah. Peonía se quedó para recibir órdenes, y cuando las hubo oído se volvió y salió para cumplirlas, pero oyó que madame la llamaba desde la puerta del patio.

—Las jóvenes tienen instintos naturales—le dijo madame Ezra a Peonía—. Prepara esas dos habitaciones como puedas imaginar que le gustaría tenerlas a Leah, con los papeles pintados, los floreros, las flores y los perfumes que más le satisfagan.

—Pero, madame, ¿cómo puedo saber yo lo que más puede satisfacer a una dama extranjera?—inquirió Peonía, afrontando la fija mirada de madame Ezra con una mirada inocente y abierta.

—Trata de imaginarlo—dijo secamente madame Ezra, y la mirada inocente vaciló y se desvaneció.

Fuera, en el húmedo corredor, Peonía se quedó quieta durante un minuto. Luego se movió con decisión. Fue a su habitación y con rapidez se quitó las sombrías ropas de calle y se puso la chaqueta y los pantalones de seda de suave color durazno. Se lavó las manos y la cara con agua perfumada, recogió la trenza de nuevo sobre una oreja y clavó un enjoyado alfiler en su moño. De la otra oreja se colgó un pendiente con una perla negra. Se tocó los labios y las mejillas con bermellón, y se empolvó la cara con finos polvos de arroz. Luego se deslizó a través de los pasadizos secretos de la casa antigua, que iban a abrirse dentro de los patios donde vivía David, cerca de su padre.

La casa había sido construida hacia cientos de años por una familia china numerosa y rica, y varias generaciones le habían añadido patios y pasadizos para servir sus necesidades y sus amores. Muchos de estos estaban cerrados y no se utilizaban ya, pero Peonía, en sus exploraciones con David, los había descubierto, hasta que, conforme los años de su infancia pasaban, les fueron siendo familiares. Estos caminos quedaban debajo de las superficies superiores de la casa, como una norma secreta para una vida también secreta. La casa era el mundo de Peonía, donde vivía con la familia a la cual pertenecía y, sin embargo, donde sentía con más frecuencia que vivía sola era cuando pasaba horas seguidas en algún patio olvidado, cubierto de malezas, soñando y meditando. Pero sabía que, hasta entonces, no había permanecido realmente sola, pues siempre estaba David. Tanto si él estaba en su presencia o no, siempre había estado en sus sueños y reflexiones.

Conforme seguía su camino secreto, el miedo hacía presa de ella. Bien sabía—siempre lo había sabido—que algún día le sería dada a él una esposa. Pero no había pensado que tal esposa pudiera separarlos. Continuaría su intimidad de hombre y mujer apenas observada, apenas percibida en medio de la vida de familia. Pero si traían a Leah, ¿permitiría ella esto? ¿Podría ocultarse algo a los ojos extranjeros de la muchacha? ¿No lo exigiría ella todo de David: cuerpo, cerebro y espíritu? Moldearía la conciencia de él a su propia imagen, le enseñaría a adorar al Dios de sus padres; David se uniría a Leah exclusivamente y no habría lugar para otro corazón. Peonía, sin duda alguna, temía a Leah, porque sabía que Leah era una mujer bastante fuerte para conquistar a un hombre por completo y retenerlo. Sus ojos se inundaron de lágrimas. Tenía que ver inmediatamente a David, volver a ganárselo, renovar cada lazo. Impetuosamente, osando desobedecer incluso a madame Ezra, a pesar de su temor, corrió silenciosamente sobre sus pies calzados de raso y entró en la biblioteca, donde solía estar David a esas horas con sus libros.

Lo encontró ante su mesa de escribir, los libros apartados a un lado. Cuando se paró en el umbral, estaba mirando con atención una hoja de papel, apuntando a sus labios con el pincel de pelo de camello. No la vio, y ella esperó, sonrosada y sonriente, preparada para que él levantara los ojos. Como no se diera cuenta, se rió suavemente, y entonces David levantó la vista, la mirada pensativa y distante. Fue entonces hacia él, y sacando su pañuelo de seda de la manga, se inclinó y le limpió los labios manchados de tinta.

—¡Oh, qué labios!—murmuró—. ¡Mira!

Le mostró la mancha en el pañuelo, pero él estaba abstraído todavía.

—Dime una rima para lirio—le ordenó.

—Martirio—replicó ella con toda travesura.

—¡Qué tonta eres!—replicó David, dejando el pincel.

—¿Qué estás escribiendo?—inquirió Peonía.

—Un poema—replicó él.

Ella le arrebató el papel, él se lo arrebató a su vez, y entre ambos lo desgarraron en dos.

—¡Mira lo que has hecho!—gritó él, furioso—. ¡Es la quinta vez que lo he copiado!

—Supongo que es para tu mentor—gritó Peonía, y empezó a leer el poema desgarrado, con voz alta y dulce:

“Sorprendí, de repente, un jardín descuidado,
un espacio aromado por las flores,
pero todas las flores se abatieron ante un lirio...”

—¿Qué lirio?—inquirió Peonía—. Yo creía que habías dicho que ella parecía un cervatillo. La misma muchacha no puede parecer un cervatillo y un lirio.

—No es exactamente como un lirio... es demasiado pequeña. Yo quería decir orquídea, una pequeña orquídea dorada, pero no hay nada que rime con orquídea.

Peonía arrugó el papel en la mano.

—No sirve para nada que le escribas poemas, sea ella lo que fuere— declaró.

—¡Eres una pícara perversa!—gritó él. Le agarró la mano y la obligó a soltar el papel y lo alisó. Luego la miró, recordando sus palabras—. ¿Qué quieres decir con eso?—exigió.

Ella hizo una pausa y luego contestó con firmeza:

—Viene Leah.

—¿Aquí?

Le alegraba el horror que veía en sus ojos, e hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

—Viene mañana, y es realmente muy hermosa. Nunca me fijé antes en lo hermosa que es... ¿Por qué no conservas el poema? A ella le iría bien lo de lirio.

—¿A qué viene?—preguntó David, mordiéndose el labio inferior.

—Ya lo sabes... ya lo sabes—respondió ella—. Viene para casarse contigo.

—Deja de fastidiarme—le ordenó. Se puso en pie y la asió por las muñecas, reteniéndola con firmeza—. Cuéntame... ¿mi madre le dijo eso... a ella?

Peonía asintió con la cabeza.

—Yo fui con tu madre a casa del rabino y lo oí todo. Van a reconstruir el templo de vuestro Dios extranjero... Y Leah va a venir a vivir aquí.

—Si mi madre cree...—empezó a decir David.

—Ah, ¡ella hará lo que quiera!—declaró Peonía—. Es más fuerte que tú.
¡Te hará casar con Leah!

—No puede... yo no quiero... Mi padre me ayudará...

—Tu padre no es tan fuerte como ella.

—¡Pero nosotros dos juntos!...

—¡Ah! Por su parte, ellas también son dos—le recordó con aire de triunfo—. Leah y tu madre... Ellas son más fuertes que tu padre y tú.

Sentía un extraño deseo de herirlo, de hacerlo sufrir, para que le tuviera que pedir ayuda. Entonces lo ayudaría. Levantó la vista hasta sus ojos y vio la duda deslizarse en ellos.

—¡Peonía, tienes que ayudarme!—murmuró.

—Leah es hermosa—dijo ella tozudamente.

—Peonía—le rogó—, yo amo a otra. ¡Tú lo sabes!

—A la hija de Kung Chen. ¿Cuál es su nombre?

—Ni siquiera sé su nombre—gruñó él.

—Pero yo sí—dijo Peonía.

Ahora lo tenía en su poder. Él le soltó las muñecas.

—¿Cuál es su nombre?—demandó.

—Tú casi estabas en lo cierto... al quererla llamar orquídea—dijo ella con gazmoñería—. Su nombre es Kueilan.

—Orquídea Preciosa—repitió él—. ¡Ah, mi instinto me lo decía!

—Si tú lo deseas, yo misma le llevaré el poema... cuando lo hayas terminado—dijo Peonía dulcemente.

El abrió el cajón de la mesa y sacó una hoja nueva de papel.

—Ahora ayúdame rápidamente a hacer la última línea—le ordenó.

—No pongamos flores—sugirió Peonía—. ¡Las flores son muy vulgares!

—Flores, no—dijo él con vehemencia—. ¿Qué le gustaría a ella en lugar de eso?

—Si fuera yo—dijo Peonía—, me gustaría recordar a alguien... al que yo amara... una fragancia.... cogida en los vientos de la noche... el rocío a la salida del sol.

—El rocío a la salida del sol—decidió él.

Colocó David su papel y el pincel, y ella le tocó la mejilla con su palma.

—Mientras tú escribes—le dijo con ternura—, voy a hacer algo que me mandó tu madre.

No la oía ni supo que lo había dejado solo. En la puerta ella miró hacia atrás. Cuando lo vio absorto, sus rojos labios cobraron más firmeza y sus ojos

brillaron como negras joyas, y se fue a cumplir la tarea de preparar las habitaciones de Leah.

¡Qué dura estuvo con las dos pequeñas criadas que llamó para que la ayudaran! No hizo nada personalmente, hasta que el último rincón de debajo de la cama estuvo barrido, las cortinas de seda de la casa sacudidas y sin polvo, la cama extendida con suaves colchas y limpia la negra mesa de madera tallada. Entonces despidió a las fatigadas sirvientas, y se sentó y pensó en Leah.

Deseaba con todo su corazón dejar aquellas habitaciones como estaban, limpias, pero desnudas. ¿Por qué había de poner su mano en nada más? Luego suspiró. Se sabía demasiado clemente para culpar a Leah, que era buena. Se levantó de mala gana y fue por otras habitaciones de la casa, y escogió, en una y en otra, cosas bellas; un par de vasos multifloridos, una caja laqueada, un par de papeles pintados, cada uno con su verso debajo de los árboles en flor, una banqueta hecha de bambú dorado, y un tiesto de bulbos florecientes, y llevó estas cosas a las habitaciones de Leah y las colocó adecuadamente.

Cuando todo estuvo listo, se quedó de pie mirando alrededor; entonces, sintiendo su deber cumplido, cerró las puertas. Luego se detuvo en el patio y meditó. David debía de tener ya terminado su poema. ¿Debería volver junto a él para conocer su voluntad? Se fue otra vez, con pies silenciosos, a través de los patios, hasta la sala de estudios de David, y miró adentro. No estaba allí.

—¡David!—llamó suavemente, pero no hubo respuesta.

Dio unos golpecitos con los dedos en el escritorio. En la hoja de papel, él había escrito solamente una línea:

“Dentro del capullo de loto, la gota de rocío esperaba...”

Luego había soltado el pincel. Peonía tocó la punta... ¡El pelo de camello estaba seco! ¿Adónde había ido, dónde habría estado durante tantas horas?

Miró la habitación vacía, cubierta de hileras de libros, y todas sus percepciones, demasiado sensitivas husmearon el aire. Confusión... ¿Qué confusión había hecho presa de él? Ansiaba correr, buscarlo, encontrarlo. Pero su vida la había adiestrado en la paciencia. Se quedó, dominada y quieta. Entonces tomó el pincel, le puso su funda de cobre y lo dejó en la caja; tapó también la caja de tinta y colocó la madera de la tinta seca en su lugar. Hecho esto, se quedó un segundo más, tomó el papel con el poema inconcluso, lo dobló delicadamente, lo metió en un bolsillo de su túnica, regresó a su habitación y cogió su bordado. Allí cosió la tarde entera y no se le acercó nadie, ni siquiera para preguntarle si tenía hambre o sed.

CAPÍTULO 3

Cuando madame Ezra se hubo ido, el rabino y sus hijos se quedaron en el pequeño patio sin flores. Leah se volvió a su padre, implorante la cara. Pero él era ciego y no podía verla. Se volvió a su hermano.

—Aarón—dijo, trémula.

Pero él estaba contemplando las losas de piedra rotas debajo de sus pies.

—¡Qué suerte tienes!—murmuró—. ¡Salir de esto!

El rabino escuchaba atentamente, pero su oído no era bastante agudo como para atrapar las palabras.

—¿Qué dijiste, hijo mío?—inquirió, ansioso.

—Dije que echaremos mucho de menos a Leah—replicó Aarón, levantando la voz.

—¡Ah! ¿Cómo vas a vivir sin ella?—dijo el rabino. Alzó sus ojos a la luz del sol, que se derramaba cálida en el patio—. A no ser porque hacemos la voluntad del Señor... —continuó. Le alargó su mano a Leah, y ella la tomó entre las suyas—. Lo mismo que Esther, la reina, salió para servir a su pueblo, así deberás tú, hija mía, entrar en la casa de Ezra.

—Pero ellos pertenecen a nuestro pueblo, padre, mientras que Esther iba donde los gentiles—dijo Leah.

—Solamente aquí, cerca de la sinagoga, es donde siento la seguridad de la tierra sagrada—respondió el rabino. Suspiró y elevó la cara al sol—. ¡Oh, si yo pudiera ver!

—¡Déjame quedarme contigo!—imploró Leah, y así lo colocó sobre sus hombros.

—No, no—dijo el rabino, rápidamente—. Yo no me quejo. Dios nos guía. El tiene que realizar su voluntad en la casa de Ezra, y te ha elegido a ti, hija mía, para ser su instrumento. Vamos, llévame a mi habitación y déjame orar hasta que descubra su intención.

El rabino la llevaba consigo al caminar. Pero era él quien conducía por el terreno familiar, no Leah. Ella inclinaba la cabeza sobre su hombro. Detrás, Aarón seguía mirándolos, y luego salió disparado por la puerta. El rabino buscó a tientas el alto escalón de la entrada y levantó el pie sobre él.

—Hijos míos—empezó.

Leah volvió la cabeza y vio que su hermano se había ido.

—Aarón no está aquí, padre—dijo afablemente.

En otra ocasión, no le habría dicho que Aarón se había ido. Era ella la que mantenía la paz entre los dos, haciendo recordar al anciano padre que el hijo era joven todavía. Pero ahora necesitaba decir la verdad.

—¡Se fue!—gritó el anciano—. Pero si estaba aquí hace un momento...

—Ya ves por qué no quiero dejarte—dijo Leah—. Cuando yo no esté aquí, él andará siempre lejos, y tú te quedarás solo con una sirvienta.

—Lo debo tratar con él ante Jehová—dijo el rabino, y su cara se conmovió de pena.

—Padre, déjame quedarme contigo..., para cuidar de los dos —suplicó Leah.

Pero el rabino apartó de sí sus manos. Estaba de pie en el centro del sitio y golpeó su báculo contra las piedras a sus pies.

—Yo soy quien te ha ocultado la verdad, hija mía—se lamentó—. Soy yo el que ha sido débil. Sé lo que es mi hijo. No; debes irte. Yo cumpliré con mi deber.

—Padre, Aarón es joven... ¿Qué puedes hacer?

—Puedo maldecir a mi hijo, lo mismo que Isaac maldijo a Esaú—dijo el rabino con extraña energía—. ¡Puedo arrojarlo de la casa del Señor para siempre!

Leah cruzó sus manos sobre el hombro de él.

—¡Oh!, ¿cómo puedo irme?—se lamentó.

El padre se dominó. Vaciló, se volvió, buscó a tientas su silla y se sentó. Estaba temblando y había un fino sudor sobre su elevada frente pálida.

—Vamos, vamos—dijo—. Escúchame: no soy tu padre terrenal cuando pronuncio estas palabras. Soy tu rabino. ¡Te lo ordeno!

Leah se quedó vacilante, esperando, mordiéndose los labios, las manos fuertemente asidas a sus costados. Sus ojos estaban muy abiertos y entonces el

rabino se levantó, inclinado sobre su cayado, y habló con una voz profunda y ultraterrena:

—Esto dice el Señor a Leah, su servidora: Sal, recordando quién eres tú, ¡oh, Leah! ¡Reclama la casa de Ezra para mí! Haz que recuerden, padre e hijo, que son míos, descendientes de aquellos a quienes yo conduje, por la mano de Moisés, fuera de la tierra de Egipto, hasta la tierra prometida. Allí mi pueblo pecó. Tomaron para ellos mujeres de entre gentiles y adoraron dioses falsos, y yo los he arrojado de nuevo hasta que vuelvan arrepentidos. Pero no los he olvidado. Vendrán a Mí, y yo los salvaré y los llevaré de nuevo a su tierra. ¿Y cómo haré esto a no ser por medio de las manos de aquellos que no me han olvidado?

La cara del rabino estaba iluminada cuando pronunciaba estas palabras. El bastón cayó al suelo y él extendió sus manos. Leah escuchaba, la cabeza levantada, y cuando su padre guardó silencio, inclinó la cabeza.

—Te obedeceré—murmuró—. Lo haré lo mejor que pueda, Padre.

El vaciló. Se le escapaban las fuerzas, y se hundió en el asiento del cual se había levantado.

—Hágase la voluntad del Señor—dijo tristemente—. Ve, hija mía, y prepárate.

Ella salió sin decir más y todo aquel día estuvo ocupada, en silencio. La casita contigua a la sinagoga estaba siempre tan aseada y limpia como ella sabía ponerla. Pero la limpió de nuevo y preparó la comida del mediodía para los tres. Aarón no fue a casa, pero le guardó su ración y la dejó a un lado en un lugar fresco. En la mesa, ella y el rabino almorcizaron casi en silencio. Él suspiró cuando oyó que su hijo no estaba allí, y luego le dijo a Leah que mandara a Aarón a verlo en seguida que regresara. Después de almorcazar, se durmió, y,

mientras dormía, Leah reunió sus escasas ropas en su pequeño baúl de cuero. Luego se bañó y lavó su espeso cabello rizado. Apenas había hecho esto, cuando oyó llamar con los nudillos a la puerta. Abrió. Allí estaban Raquel, la sirvienta, y un hombre con una caja de madera que contenía sus cosas.

—Madame Ezra me mandó venir—dijo sencillamente.

—La esperábamos, Raquel—respondió Leah. Condujo a la mujer a su propia habitación. —Aquí es donde vivirá usted—continuó—. Queda cerca de mi padre. ¿Ha comido usted?

—Sí—dijo Raquel—. Vine bastante temprano para que usted me lo diga todo antes de preparar la comida de la noche, porque madame Ezra me dijo que ustedes se iban a acostar temprano esta noche, para estar listos por la mañana, poco después de la salida del sol. Usted dormirá en su cama esta última noche, y yo en la cocina.

Había algo de tranquilizador en aquella mujer robusta y fuerte, de cara morena, y Leah se sentó con ella sobre la cama y le dijo todo lo que pudo, lo que su padre comía o no, cómo le gustaba que le dejaran sus cosas intactas sobre la mesa, y con cuánta frecuencia debían llevarle agua caliente para que se lavara, y el cuidado de su cabello y de su barba. Entonces le explicó a Raquel la limpieza de la sinagoga y cómo quitar el polvo de las tablillas, el arca y las cortinas de terciopelo, que eran viejas y había que tratarlas con cuidado. Luego, al final de todo, le habló de Aarón.

—No es buen hijo—dijo tristemente—. Mejor es que se lo diga, así usted no lo apoyará.

—¡Déjemelo a mí!—repuso Raquel con firmeza.

—Usted será mejor para él de lo que he sido yo—dijo Leah.

—Yo soy más vieja—replicó Raquel. Entonces se inclinó hacia delante, las manos regordetas sobre las rodillas—. ¡Pobre oveja que va al matadero!— exclamó, y movió la cabeza.

Leah la miró sin comprender.

—Pero es una casa agradable—replicó—. Solía ir allí con mucha frecuencia cuando David y yo éramos niños—su blanca piel se sonrojó, a su pesar y se rió—. No puedo hacer otra cosa, estando mi padre y madame Ezra de acuerdo para ordenármelo.

—Ella habla por el hombre y él por Dios—dijo Raquel humorísticamente. Luego volvió a ponerse grave—. Pero nunca te cases con un hombre a quien no puedes amar —añadió—. Es demasiado duro en una casa como la de Ezra, donde no se permiten concubinas. El matrimonio no es una carga tan grande en una casa china. Si no le gusta a una su marido, puede adquirir una concubina para él, sin perder su lugar en la familia. Pero tener que ser la esposa de un hombre odiado..., ¡qué espantoso!

—Nadie podría detestar a David—dijo Leah amablemente. Su sonrojo se hizo más patente.

Raquel la miró y sonrió.

—Ah, ¡en ese caso!...—dijo—. Mejor será que mire lo que hay en la casa para la cena.

Aquella última noche, en la piececita cuadrada, cercana a la de su padre, Leah no pudo dormir. En el lado opuesto del patio estaba el cuarto de Aarón. No había asistido tampoco a la comida, y pasaba de medianoche cuando Leah

vio vacilar la llama de una vela contra la celosía de la ventana. Los pálidos rayos se vislumbraban sobre las blancas cortinas de su cama; se levantó, miró por la ventana y vio a Aarón moverse como una sombra por su habitación. Ordinariamente habría ido junto a él para preguntarle si tenía hambre o enterarse dónde había estado. Pero aquella noche ya se sentía separada de él. Su vida en la casa había terminado y al día siguiente la comenzaría en otra Se volvió a la cama y se acostó sosegadamente, las manos cruzadas debajo de la cabeza.

Trató durante un rato de pensar en lo que había dicho su padre de que iba a ser ella el instrumento de Dios, pero dudaba de poder serlo, por más que ansiara que fuera verdad. Había estado demasiado atareada desde la muerte de su madre para leer la Torá todo lo que hubiera debido. Hacía mucho que ella los había dejado; tanto, que no podía recordar la cara de su madre, a no ser que sacara todo lo demás de su imaginación. Entonces, en la cortina gris del pasado, creía ver su pálida cara; sus ojos, muy grandes y negros, y su boca fina y triste. Pero podía recordar muy bien la única cosa que su madre le había dicho cuando la llamó en la última noche de su vida:

—Cuida de tu padre..., y de Aarón.

—Sí, madre— había sollozado ella.

—¡Oh, hija!—respondió convulsa su madre, de repente—, piensa en ti..., porque nadie más lo hará.

Esas fueron las últimas palabras de su madre, y Leah no sabía lo que significaban ni entonces ni ahora. ¿Cómo podría cuidar a los demás si pensaba en sí misma? Suspiró y dejó de lado esta pregunta que nunca se había respondido, y empezó, en cambio, a pensar en David.

Su cerebro divagaba, retrocediendo en sus recuerdos al momento en que, quizá, una vez al mes, iba Wang Ma por ella y la llevaba con madame Ezra, la cual le daba dulces y fruta y la dejaba jugar en los patios con David, el muchachito hermoso, siempre tan ricamente vestido, tan alegre, tan encantador. Su imagen de él era una risa tan continua que, adondequiera que fuese, el aire mismo resplandecía con su presencia. Su propio hogar había sido triste, su padre absorto en escrituras y oraciones, y Aarón, quejumbroso y medio enfermo, dependiente de ella y cruel con ella al mismo tiempo. Eran pobres, siempre pobres, y ella había tenido que remendar y zurcir y ahorrar, y aprender lo mejor que pudo a cocinar y limpiar. Habían tenido una sirvienta en su infancia, pero se había ido cuando Leah no tenía más que doce años, y desde entonces había estado sola, pues sólo había un viejo chino que iba al mercado y cultivaba una pequeña huerta en el patio de atrás, y sacaba el polvo y la basura de la casa. Era sordomudo y vivía sus días en silencio.

La casa de Ezra era, por tanto, el único lugar feliz de su infancia, y no podía menos que estar contenta de que fuera la voluntad de Dios y la de su padre que regresara ahora a ella. “Pero yo vendré a casa con frecuencia—pensó—y lo pondré todo aquí mucho mejor de lo que ha estado siempre. Y si realmente me caso con David...”

Aquí sus pensamientos se hicieron tímidos Y humildes. Si lo hacía, si ese don le fuera concedido, daría gracias a Dios toda su vida, y sería tan buena que El no se arrepentiría nunca. Movilizaría el corazón de David para reconstruir la sinagoga y cumplir todos los sueños de su padre. El remanente de su pueblo, que estaba tan esparcido, sería reunido otra vez en torno a la nueva sinagoga, y David sería el jefe de ellos; cuidarían de Aarón y lo ayudarían, y quizá llegaría a ser mejor de lo que ella temía; todo iría bien... para todo el mundo, pensaba Leah con fervor.

En algún rincón, al borde de sus sueños, estaba la sombra de una joven china, la muchachita que había jugado cerca de David, una linda china, con

grandes ojos almendrados y una boquita roja. Esta niña se convertía, poco a poco, en una esbelta muchacha, todavía más linda, que les servía el té a David y a ella y los convidaba con pasteles y estaba siempre cerca. Peonía... ¡Peonía! Pero Peonía, recordó Leah, no era más que una esclava.

Y así, cerca del amanecer, concilió el sueño, una mejilla sobre sus manos cruzadas. Cuando Raquel entró a hurtadillas, no tuvo corazón para despertarla. La buena mujer fue a la cocina, encendió el fogón de leña, calentó agua y puso a hervir el arroz para el desayuno; luego rompió tres huevos en un bowl.

No despertó a Leah, desde luego, hasta que oyó que alguien llamaba a la puerta; cuando la abrió, vio a Wang Ma, y, detrás de ella, los portadores, que transportaban una silla de manos, vacía.

—Entre, hermana mayor—dijo Raquel—. No hay nadie despierto aquí todavía.

Wang Ma entró. Tenía casi el aspecto de una dueña de casa. Vestía una chaqueta azul y pantalones de seda hilada en casa, y llevaba pendientes de oro en las orejas y anillos de oro en sus dedos. Su aceitado pelo negro estaba peinado, formando un rodete sobre el cuello, sostenido por una fina redecilla negra, y se había depilado y oscurecido las cejas, y frotado tanto las mejillas que todavía estaban rojas.

—¡No están despiertos!—dijo como un eco.

Conocía a Raquel y eran buenas amigas, con esa solidez de las mujeres que son respetadas en cualquiera de las casas en que sirven. Ambas obedecían a madame Ezra por encima de todas las demás; Raquel, porque madame Ezra le había dado dinero, varias veces, cuando su marido estaba enfermo o sin

empleo, y Wang Ma, porque sabía que madame Ezra gobernaba la casa de Ezra.

—El rabino es anciano—dijo Raquel—y el joven no vino hasta después de medianoche, y Leah, sin duda, la pobrecita...

Las cejas de Wang Ma se elevaron.

—¿Por qué pobrecita?—demandó—. Es afortunada al venir a nuestra casa.

—Desde luego... desde luego—dijo Raquel, apaciguadora.

—Yo la despertaré—dijo Wang Ma con firmeza—. Atienda usted a los dos hombres. Será mejor que nos demos prisa, no sea que la caravana llegue hoy. El guardián de la puerta me dijo, cuando pasé, que un enviado llegó a nuestra casa la segunda hora después de medianoche para decir que la caravana había llegado a la Villa de las Tres Campanas. Pero no le diga nada a la señorita. Nuestra ama no desea que la distraigan.

—¿Ha venido la caravana? ¿De verdad?—exclamó Raquel—. ¡Qué suerte tiene usted, hermana mayor, de estar en esa casa!

—Así es, en algunos aspectos—replicó Wang Ma—. En otros... Bueno, ¡vamos a cumplir con nuestro deber!

Se encogió de hombros. Raquel asintió con un movimiento de cabeza y la condujo a la habitación de Leah.

Así sucedió que cuando Leah abrió los ojos, cayeron primero sobre la hermosa cara rosada de Wang Ma. Estaba medio atontada con sus sueños, y murmuró:

—Cómo... por qué, pero ¿todavía estoy en casa?

—Arriba, señorita—dijo Wang Ma alegremente—. Me envían a buscarla.

—Oh, oh—murmuró con disgusto—, ¡precisamente hoy quedarme dormida!

—No se preocupe—dijo Wang Ma—. Póngase cualquier cosa y venga. Nuestra ama tiene vestidos nuevos dispuestos para usted. No necesita llevar nada.

—Ah, pero tengo el baúl hecho. ¡Estoy lista!—exclamó Leah.

Diciendo eso, salió rápidamente de la cama. Luego miró avergonzada a Wang Ma. Nunca se había cambiado de ropa delante de nadie, y no podía hacerlo ahora. Pero Wang Ma no estaba para timideces.

—¡Vamos, vamos—dijo—, déjese de tonterías, señorita! Si se ha de quedar usted en nuestra casa, yo tendré a mi cuidado el lavarla y atenderla, por lo menos hasta que Peonía aprenda. Nada tiene usted que una vieja como yo no pueda ver.

Así, con la espalda vuelta hacia Wang Ma, se desnudó Leah y se lavó en una palangana, Wang Ma diciéndole todo el tiempo que se diera prisa.

—No necesita hacerlo con tanto cuidado—la apremiaba Wang Ma—. Yo la lavaré a usted otra vez y la perfumaré antes de ponerle los vestidos nuevos.

Entonces Raquel hirvió una taza de sopa de arroz caliente, y así Leah estuvo lista. Pero faltaban las despedidas. Nadie podía ayudarla en ellas. Se fue de puntillas al cuarto de Aarón, que estaba todavía durmiendo. Se quedó mirándolo, las lágrimas agolpándosele bajo los párpados caídos. Su hermano, acostado, en su presencia, mostraba toda su debilidad y su demasiado esbelta juventud; su fea cara pálida conmovió su corazón. ¿Quién amaría a aquel hermano suyo? No tenía nada para que se le amase. Su magnánimo corazón, siempre dispuesto a desbordarse ante la vista de cualquier necesitado y débil, resurgió; se inclinó y lo besó en una mejilla. Tenía mal aliento y su pelo olía a sucio.

—Oh, Aarón—murmuró—. ¿Qué podría hacer yo por ti?

Él abrió él sus ojitos, la reconoció y le hizo una mueca.

—No me despiertes—murmuró.

—Pero si me voy, querido—dijo ella.

Acostado, comprendiendo a medias, la contemplaba.

—Cuida del padre, Aarón—le suplicó—. Serás bueno, ¿verdad, querido Aarón?

—¿Volverás?—dijo él profundamente.

—Con mucha frecuencia, si me lo permiten—prometió—. Raquel ya está aquí.

—Bueno, entonces—replicó él, y se volvió y se acurrucó en la cama de nuevo.

Así lo dejó Leah, cerrando la puerta suavemente, y fue luego al dormitorio de su padre. El rabino se había levantado y vestido solo, y estaba cumpliendo sus oraciones.

—Padre—dijo ella, y él se volvió—. Han venido por mí, padre.

—Tan temprano?—respondió él—. Bueno, así sea, hija. ¿Estás lista?

Ella se le había acercado, y él le tocó la cabeza, la cara, los hombros, el cuello y el vestido; sus delicados dedos le decían cómo estaba ella.

—Sí, estás lista. ¿Has comido?

—Sí, padre, y Raquel lo tiene todo listo para que tú vengas a comer— vaciló Leah y luego apoyó su cabeza contra el pecho de él—. ¡Oh, padre!— murmuró.

El le alisó el cabello.

—Pero no estarás lejos, criatura... volverás casi todos los días, y piensa cuánto mejor será todo para nosotros.

Así la consoló, y ella levantó la cabeza y secó las lágrimas de sus ojos y le sonrió.

—No venga a la puerta conmigo, padre. Permítame dejarlo aquí, Raquel vendrá a buscarlo.

Así lo dejó. No miró hacia atrás, y con una última palabra a Raquel salió por la puerta. Sin embargo, cuando las cortinas de la litera se cerraron, le pareció que iba a realizar un largo viaje, del cual tal vez no regresaría.

En la casa de Ezra, Peonía esperaba en el patio de afuera. Así se lo había ordenado madame Ezra por medio de Wang Ma.

—¿Seré yo la doncella de esta extranjera?—había preguntado Peonía cuando le llegó la orden aquella mañana temprano. Abría los ojos, mirando a Wang Ma.

Wang Ma se había acercado bastante para tocar ligeramente la mejilla de Peonía con el índice y el pulgar. Sus afiladas uñas le dejaron una pequeña huella.

—Si tienes alguna sabiduría dentro de tu cabeza, no preguntaras qué vas a hacer y qué no vas a hacer—le aconsejó Wang Ma—. Si yo hubiese hecho tales preguntas, no hubiera estado en esta casa hoy. Obedece... obedece... y haz lo que quieras. Las dos cosas van juntas si eres inteligente. ¡Y ahora piensa en darte prisa! La caravana está cerca. Nuestro amo saldrá antes del amanecer para recibirla.

—¿La caravana?—gritó Peonía.

—Sí, sí—dijo Wang Ma impaciente, y se fue—. Pero Leah no tiene que saberlo... Eso ordena nuestra ama.

Peonía estaba trenzándose el pelo cuando Wang Ma entró y se fue, y terminó la larga trenza. La excitación causada por la llegada de la caravana llenó su imaginación por un momento. Luego la olvidó de repente. ¿Qué había dicho Wang Ma? “Obedece... obedece... y hacer lo que quieras. Las dos cosas van juntas... si eres inteligente”. ¡Extrañas palabras llenas de significado! Las meditó, y el significado empezó a hundirse como metal precioso en las profundas aguas de su alma. Se sonrió para sí de repente, hasta que dos hoyuelos danzaron en sus mejillas.

En lugar de recogerse la trenza sobre la oreja, la dejó colgar por la espalda. Pero en el cordón rojo con que ataba su cabello en la nuca, puso una blanca gardenia del patio. Un viejo arbusto crecía allí, y en aquella estación producía muchas flores cada mañana. Peonía había elegido para ponerse una chaqueta y pantalones de seda azul pálido; tenía un aspecto delicado y modesto, mientras estaba esperando, y fue la suya la primera cara que vio Leah cuando levantaron la cortina de la litera. Desde luego, fue Peonía personalmente la que la levantó, y le sonrió a Leah, mirándola a los ojos.

—Bienvenida, Señora—dijo Peonía—. ¿Quiere usted bajar de la silla?

Le alargó su brazo para que Leah se apoyara en él, pero Leah bajó sin su ayuda. Era una cabeza más alta que Peonía, y no habló, aunque correspondió a su sonrisa.

—¿Ha comido usted, señora?—preguntó Peonía, siguiendo un poco detrás de ella.

—Comí—dijo Leah francamente—, pero tengo hambre de nuevo.

—Es la mañana—observó Peonía—. El aire está seco y bueno hoy. Yo le traeré a usted de comer, señora, tan pronto como la haya instalado en sus habitaciones. Las dejé dispuestas para usted ayer, y le traeré algunas gardenias frescas. No se deben arrancar temprano, porque se ponen oscuras en los bordes.

Así las dos jóvenes siguieron juntas, cada una muy consciente de la nueva relación que se establecía entre ellas y de cada intento de llenarla. Wang Ma se había adelantado para comunicar a madame Ezra la llegada de Leah, así que dejaron que Peonía condujera a la joven.

—¿Voy a tener todo este patio entero?—preguntó Leah con sorpresa cuando Peonía hizo una pausa.

Las habitaciones eran mucho más hermosas que ninguna de las que ella hubiera usado jamás. De niña recordaba haber visto allí a la abuela de David, una señora anciana que encendía velas a la caída del sol.

—Hay solamente dos habitaciones—dijo Peonía—. Una es para que usted duerma, y la otra para que descance cuando esté sola.

Guió a Leah dentro de las habitaciones; un hombre, que llevaba un baúl, las seguía. Cuando aquel se hubo ido, Peonía le mostró los vestidos que madame Ezra había llevado en su juventud, las túnicas del pueblo judío. Caían rectas, amplias y largas. Las había escarlata ribeteadas de oro, azul oscuro adornadas de plata, y amarillas con ribetes de verde esmeralda.

—Tiene usted que llevar la escarlata hoy—dijo Peonía—. Pero primero tiene que comer y luego ser bañada y perfumada; aquí hay joyas para sus orejas y su pecho. Mi ama dice que no debe usted ocultarse aquí y estar sola, sino que tiene que salir y pasearse por los patios y mezclarse con la familia y disfrutar de la casa.

—¡Qué amable es!—dijo Leah. Entonces se sintió tímida—. Dudo que pueda sentirme tan libre en un día—le dijo a Peonía.

—¿Por qué no?—contestó Peonía, sin darle importancia—. Aquí no hay nadie que pueda lastimarla. —Abrió una laqueada caja roja que había en el tocador, mientras hablaba, y Leah vio un montoncito de joyas de oro y plata, incrustadas de piedras preciosas.

Leah levantó la vista desde donde estaba sentada al lado de la mesa, y encontró los ojos de Peonía, sonrientes y misteriosos.

—Es casamiento, ¿no?—preguntó Peonía con voz clara y ligera—. Yo creo que nuestra ama se ha formado la idea de que usted tiene que casarse con nuestro joven señor.

La cara de Leah se estremeció.

—Un matrimonio no puede hacerse—replicó rápidamente.

—¿Cómo, entonces?—inquirió Peonía con dificultad— ¿No se hacen todos los matrimonios?

—No entre nuestro pueblo—dijo Leah con orgullo.

Parecía distante, y recordó otra vez que aquella linda muchacha china era solamente una esclava. No era del todo adecuado que discutiera con Peonía los sagrados motivos de su matrimonio. Desde luego, eran demasiado sagrados aun para su propio pensamiento, algo tan distante y tan elevado como la voluntad de Dios.

—Tomaré algo de comer ahora, si me hace el favor—dijo Leah, con voz firme y fría—. Después puedo vestirme sola... Estoy acostumbrada a hacerlo así. Dígale, por favor, a Wang Ma que no necesitaré su ayuda... ni la de usted.

Peonía, al oír esta voz, comprendió perfectamente lo que pasaba por el cerebro de Leah. Inclinó la cabeza y sonrió.

—Muy bien, señora—dijo con su modo dócil y dulce, y, volviéndose, dejó la habitación.

Minutos más tarde, una sirvienta trajo la comida, y Leah se sirvió sola. Cuando hubo terminado, la sirvienta la retiró. Leah se cepilló sola el pelo,

vivió a lavarse y se puso el vestido escarlata. Pero no se echó perfume ni tomó ninguna de las joyas del cofre. Cuando estuvo lista, se sentó en el cuarto de afuera y esperó.

Peonía se había ido a su habitación y llorado varios minutos, porque Leah era tan hermosa. Se miró en el espejo de su tocador, y le pareció que todos sus encantos eran escasos y pequeños. Ella era una cosita ligera como un pájaro, y aunque su cara era redonda, carecía de rasgos sobresalientes. Leah era como una princesa, y ella como una niña. Sin embargo, no podía odiar a Leah. Había algo elevado y bueno en aquella joven judía y Peonía sabía que ella no era ni elevada ni buena. ¿Cómo podía ser buena, aunque deseara serlo, cuando todo lo que quería tenía que conseguirlo con astucia y con trampas?

“Yo no tengo nada ni nadie, excepto a mí misma”, pensaba tristemente la muchachita china.

Cerró el espejo de su tocador, recostó la cabeza encima y lloró más de corazón todavía, hasta que no tuvo más lágrimas. Entonces, su cerebro, refrescado, lavado y limpio por sus lágrimas, empezó a trabajar a gran velocidad.

No podrás ser jamás una esposa en esta casa—le decía su pequeño y tozudo cerebro—. No te destroces más con sueños e imaginaciones. No puedes siquiera ser una concubina... Sus dioses se lo prohíben. Pero nadie conoce a David tan bien como tú. Tú eres su posesión. No le permitas que lo olvide nunca. Sé su comodidad, su necesidad íntima, su solaz, su risa secreta.

Escuchó estas palabras no pronunciadas, y levantó la cabeza con una sonrisita que retorcía sus labios. Abrió el espejo, recogió su pelo alrededor de una oreja y examinó todos los aspectos de su cara y de sus ojos. Después de un momento de intensa contemplación de sí misma, cambió su vestido azul pálido por los cálidos tonos del durazno rosado y puso una gardenia fresca en

su cuello. Entonces, arrancando un puñado de flores para Leah, se presentó de nuevo ante la invitada. Le hizo falta toda su fuerza para no desmayarse ante el radiante aspecto de Leah, ataviada como estaba ahora, con la túnica escarlata. Le sentaba bastante bien, y la dorada faja la envolvía rodeando su estrecha cintura.

—¡Qué hermosa está usted, señora! —dijo Peonía, sonriéndole a Leah como con entusiasmo, mientras le entregaba las flores—. Son para usted. Voy a decirle a nuestra ama que ya está usted lista.

Se fue corriendo sobre sus piececitos, como si todo lo que había hecho por Leah fuera un puro goce, y al llegar al patio de madame Ezra se detuvo ante la puerta y tosió con su delicada tosecita, tratando de no llorar.

—Entra—dijo la señora.

Madame Ezra había terminado su desayuno y se disponía a echar una ojeada a la casa, especialmente por las cocinas, para que todos los sirvientes cumplieran con su deber y nada quedara sin hacer para el sábado, día siguiente, que era el día de descanso.

Wang Ma la había despertado con las noticias de que la caravana estaba tan cerca, que incluso podía llegar antes de concluir el día.

—¡La víspera de Shabat! —había exclamado madame Ezra. Un momento después añadió—: No se lo digas a Leah... no quiero que distraiga su atención de lo que quiero decirle.

—Sí, señora—había murmurado Wang Ma.

Madame Ezra estaba a punto de traspasar el umbral para ver si los sirvientes, excitados con las noticias de la caravana, se descuidaban en los

preparativos para el Shabat, cuando se acercó Peonía, tragándose sus lágrimas, y poniendo su cara suave y vacía. Madame Ezra volvió a sentarse.

—Entra, entra, hija—dijo con impaciencia.

Peonía entró en la salita que madame Ezra reservaba para ella. Era una habitación diferente a todas las demás de la casa. De las paredes colgaban telas rayadas de países extranjeros con inscripciones tejidas en el raso. Los muebles eran extranjeros también, pesados y con tallas, y las sillas, mullidas. El espacio y el vacío que una dama china hubiera necesitado para la paz de su alma y el orden de su cerebro no estaban allí. En medio de las muchas cosas que poseía, madame Ezra vivía contenta, y Peonía no podía menos que reconocer, aunque íntimamente le desagradaba la habitación, que había belleza en ella. Si hubiera sido más pequeña, indudablemente habría resultado odiosa. Pero era muy grande, porque madame Ezra, cuando había llegado allí de novia, había quitado los tabiques y convirtió tres habitaciones en una grande.

—Señora, la señorita está lista—anunció Peonía.

—¿Dónde está mi hijo?—inquirió madame Ezra.

—Estaba durmiendo, todavía, la última vez que miré en su habitación—respondió Peonía.

No había visto a David la noche anterior. Esto fue por culpa suya, porque no había ido al anochecer, como era su deseo, a llevarle té y cuidar que su cama estuviera dispuesta para la noche. En parte se debió a la nueva orden de madame Ezra, pero en parte fue para probar a David. Bueno, él no la había mandado llamar, y cuando ella se fue para su cama, lloró un rato. Por la mañana se despertó, reprochándose a sí misma, y había ido temprano a sus habitaciones para llevarle el té y, si estaba despierto, preguntarle dónde había estado y por qué no había terminado el poema que había empezado. Pero él

estaba dormido y no se había despertado, aun cuando ella separó las cortinas de la cama y lo miró. Estaba acostado, sumido en profundo sueño, el brazo derecho caído sobre su cabeza. Peonía lo contempló un momento, con el corazón lleno de ternura, y luego se fue de nuevo.

—Dile a Wang Ma que lo despierte—le ordenó madame Ezra—. ¿Y dónde está el padre de mi hijo?

—No lo he visto, señora—replicó Peonía—, pero oí que Wang Ma dijo que él espera hoy la caravana, y, por tanto, debe de haber salido temprano a las puertas de la ciudad, para recibirla.

—¡Tenía que llegar hoy la caravana!—exclamó madame Ezra—. Ahora David no pensará en ninguna otra cosa.

Peonía se mostró triste, para complacer a madame Ezra.

—¿Quiere que Wang Ma le mande que venga aquí junto a usted antes de que llegue la caravana?—preguntó.

—Sí, que lo haga—dijo madame Ezra—. Dejaré para luego la visita a las cocinas, y, entre tanto, dile a Leah que venga junto a mí.

Abrió una caja con incrustaciones, sacó algunos bordados, y Peonía se fue. Del otro lado de la puerta, encontró a Wang Ma y le dijo, como si madame Ezra se lo hubiera mandado:

—Usted tiene que traerle la señorita a nuestra ama, y yo despertar a nuestro joven señor. ¡Dése prisa, hermana mayor!

Echó a correr, pero no a la habitación de David. Se fue a su cuarto de estudio, vacío a aquella hora y, ante la mesa, tomó con prisa el pincel de escribir, le sacó la cubierta e hizo luego un poco de tinta. Había guardado el

poema inconcluso en su seno, y lo sacó. Pensando con rapidez, las cejas juntas, escribió velozmente tres líneas más sobre la hoja vacía.

“Perdóname, David”, murmuró, y, volviendo a dejar la tinta y la pluma, se dirigió corriendo a su propia habitación. Abrió un cajón secreto de su escritorio, sacó una bolsa que contenía dinero, regalos que le daban los invitados y monedas que Ezra le arrojaba, a veces, cuando estaba complacido con ella. Se metió también esto en su pecho y se deslizó a través de los pasadizos hasta la Puerta de la Escapada Pacífica, en el fondo mismo de la propiedad, la puertecita secreta que todas las grandes casas tienen para que, en tiempos de ira popular, cuando las multitudes abruman a las puertas principales de los ricos, la familia pueda escapar por ella.

A través de esta puerta salió Peonía, siguió por las tranquilas callejuelas y se apartó de las calles, hasta que llegó a otra puertecita como la que había dejado. Ésta se abría en la propiedad de la familia Kung, y allí llamó ella. Un jardinero retiró la tranca, y ella le dijo:

—Tengo un mensaje para la familia.

Él inclinó la cabeza e hizo una señal con un dedo, sobre su hombro, y Peonía entró.

La casa de Kung era un lugar de ocio donde se rendía culto al placer, y nadie se levantaba de la cama antes del mediodía. Chu Ma, la niñera, estaba empezando a moverse por su habitación, bostezando, rascándose la cabeza con un alfiler de plata, cuando Peonía abrió un poco la puerta.

—¡Eh, hermana mayor!—susurró Peonía.

Chu Ma abrió la puerta de par en par.

—¿Tú?—dijo—. ¿Por qué estás aquí?

—Tienes que darte prisa—dijo Peonía—. Nadie sabe que dejé la casa, excepto el joven amo, que me mandó traerte esto rápidamente para tu señorita... Que me haga saber si hay alguna respuesta.

Era una casa que ella conocía algo, porque una vez, Ezra la había enviado con algún tesoro para Kung Chen, que no se atrevía a confiar a un simple sirviente; allí había conocido a Chu Ma, la sirvienta más vieja; el Año Nuevo, Chu Ma había ido a pagarle sus buenos servicios, y Peonía había vuelto allí para devolverlos, en esa forma fácil y descuidada que se usa entre las casas cuyos mayores tienen algunos negocios en común. En verdad que madame Ezra no tenía amistades allí, pero Ezra y Kung Chen eran muy íntimos en el comercio.

—¿Qué dice?—preguntó Chu Ma, contemplando el papel.

Allí, de pie en la desarreglada habitación, Peonía leyó en alto el pequeño poema que había escrito.

“Rocío del alba”—repitió Chu Ma, suspirando—. ¡Es muy lindo!

Era una enorme mujer gorda que, cuando era joven y esbelta, se había empleado como ama de leche de la tercera hijita recién nacida, y había vivido, desde entonces, como doncella y aya suya. Tenía un corazón grande y bondadoso, dispuesto a la risa o al llanto, y toda su vida estaba ligada a la linda niña que atendía.

—Yo le daré el poema—dijo—. Tu joven señor es tan guapo que haré lo que no debo. Pero no puedo remediarlo. Yo misma vi al joven... después de que mi pequeña vino hasta mí para decirme que lo había visto. Corré a la puerta y lo vi... Un extranjero, es una lástima, pero después de todo, los

extranjeros son seres humanos como nosotros, y es tan guapo... Un príncipe, le dije a mi niña... ¡Tan fuerte, tan erguido!... Y en cuanto a que sea un extranjero, ella puede persuadirlo para que se haga chino. ¿La ama mucho?

—El me pidió que le diera a usted esto.

Sacó de su bolsillo la bolsa de dinero y se la dio a Chu Ma.

—¡Oh, madre mía!—dijo Chu Ma, reconviéndola y haciendo como que apartaba la bolsa—. Esto no se necesitaba. Me avergonzaría de tomarla. Lo que hago lo hago por... —pero tomó la bolsa cuando Peonía volvió a ponérsela en las manos, y empezó a vestirse con energía—. Yo le entregaré el papel personalmente y te diré cómo lo tomó. Vuelve después—le dijo a Peonía.

Con esto, Peonía se deslizó de nuevo a través de las callejuelas y luego se encaminó directamente al cuarto de David. Allí estaba, acostado en su cama con dosel, todavía profunda y apaciblemente dormido. Ella le tocó la mejilla que se le veía y luego la otra, con sus dos palmas, para despertarlo con mimos. Sabía que era mejor que despertarlo de repente, porque en sueños el alma vaga sobre la tierra, y si el cuerpo es despertado demasiado rápidamente, el alma queda confundida y no puede volver a encontrar su camino.

—¡Despierta, mi pequeño señor; despierta, mi querido señor! —murmuraba Peonía, como si estuviera cantando, y pronto David abrió los ojos.

Luego se sentó, estiró sus fuertes brazos y bostezó ampliamente. Peonía se quedó sonriéndole sosegadamente, contemplando brillar de nuevo la luz de su alma en sus ojos.

Él la miraba con ojos de sueño, y ella se preguntaba por qué sería, pero no se atrevió a interrogarlo.

—Vamos, joven amo—dijo amable—, su madre lo manda buscar.

—¿Para qué?—preguntó.

Estaba saliendo de la cama, y ella se agachó y le puso sus zapatillas de seda, primero en un pie y luego en el otro. Él pareció no haberse dado cuenta de que lo había llamado joven amo, y no por su nombre, y había olvidado que Peonía no debía estar allí.

—Leah ya está aquí—dijo sencillamente, sin esforzarse en recordárselo.

Él dio un salto desde su alta cama.

—¡No!—exclamó.

—Ya te lo dije—replicó ella.

Se movió hasta el otro lado del cuarto y en la gran palangana echó agua de un aguamanil de bronce esculpido con delicadas figuras. Buscó una toalla y cierto perfumado jabón extranjero.

—¡A pesar de todo, no obedeceré a mi madre!—exclamó.

Peonía se volvió y se le quedó contemplando, con sus lindas manos extendidas sobre sus estrechas caderas. Entonces cedió a la tentación que había en lo íntimo de su corazón.

—Tú no puedes decir que no obedecerás—le dijo con dulzura—. Puedes decir, quizás, que tu padre te mandó que te dieras prisa para reunirte con él y esperar la caravana... y que volverás en seguida a casa.

—¡La caravana!—exclamó él—. Peonía, ¿dices la verdad? ¿Te lo dijó mi padre?

—El guardián de las puertas le dijo a Wang Ma que nuestro amo fue llamado poco después de medianoche, y ella me lo contó —replicó Peonía—. Ahora lávate antes de vestirte. Yo te traeré el desayuno aquí y le llevaré el recado a tu madre.

Se fue con la cabeza modestamente inclinada y entró en la habitación de madame Ezra una vez más.

—¡Ah, señora! Llegamos demasiado tarde—dijo tristemente—. Cuando Wang Ma fue al cuarto de nuestro joven amo, se había levantado e ido ya. He mandado a un hombre a buscarlo, pero no se le encuentra en la casa de té. En las puertas de la ciudad, el guardián dijo que salió hace una hora, diciendo que iba a Las Tres Campanas a recibir la caravana.

—¡Qué lamentable es esto, la misma víspera del sábado!—exclamó madame Ezra—. ¿Y Leah?

—Ahora viene—respondió Peonía. Esperó un instante y luego dijo—: ¿Tiene mi ama algunas órdenes para mí?

—No—replicó madame Ezra—, vete a hacer tus labores de costumbre. Yo esperaré a Leah.

—Iré y pondré flores frescas en el gran salón para Shabat— dijo Peonía con su linda vocecita—, y vigilaré la puerta, tal que cuando entre nuestro joven amo pueda comunicarle sus disposiciones.

Dicho esto, se fue con agilidad, sus pies de raso descalzos y silenciosos sobre las losas del patio.

Cuando Wang Ma fue a buscar a Leah, encontró a la joven tomando su desayuno sola.

—No se apresure—dijo, sentándose en una banqueta, cerca de la puerta, para descansar.

Leah dejó la cuchara de porcelana que sostenía; parecía alarmada.

—¿Me necesitan, buena madre?—preguntó.

—Sólo cuando haya usted terminado—contestó Wang Ma, sosegadamente—. Luego, si usted quiere, venga junto a nuestra ama. Coma, señorita.

Leah volvió a levantar la cuchara, pero no pudo comer tan animada como antes.

Wang Ma la miraba. Aunque a Wang Ma no le gustaba la forma de nariz extranjera, y aunque aquella niña era más alta de lo que debe ser una muchacha, bastante delgada, pero demasiado alta, si se excusaban estas faltas, era muy hermosa.

—Usted tiene un parecido con nuestra vieja Señora Mayor cuando vino aquí de novia— dijo Wang Ma.

Bien recordaba ella aquel día, y cómo había llorado la noche anterior a él, pensando que no serviría a su joven amo nunca más. Ezra también había sido guapo, con su tipo medio extranjero, pero no tan guapo como era su hijo ahora; la joven china que había sido Wang Ma quedó consolada porque la nueva novia era media cabeza más alta que el joven novio de aquellos días. “El no amará nunca a una mujer tan grande”, había pensado en secreto. Fue

aquella media cabeza más de estatura lo que le dio fuerza para quedarse en la casa y casarse con el viejo Wang, el portero. Pero madame Ezra, aun cuando no tenía más que diecisiete años, cuidó de que el joven Ezra fuera a sus habitaciones por la noche y no vagara por los patios. Hasta que ella tuvo cuarenta y su hijo doce años, no le permitió tener su patio independiente. Por aquel tiempo, Wang Ma era gorda y nadie pensaba en ella más que como en una esclava. Ella y el viejo Wang habían tenido cuatro hijos, a quienes habían mandado a la aldea tan pronto como pudieron trabajar en la tierra, mientras que ella continuó viviendo en la casa de Ezra. Hacía mucho tiempo que Wang Ma se había dado cuenta de que madame Ezra era la dueña de la casa y de que madame Ezra sabía que ella lo sabía. Ni una palabra se había cruzado nunca entre ambas mujeres durante la larga lucha secreta de tantos años. Pero la lucha había terminado. Madame Ezra había ganado.

Así, mientras Wang Ma contemplaba a Leah, su cerebro retrocedía en el tiempo.

—Pero tú eres más amable de lo que fue nuestra ama—decía meditabunda—. Tienes los labios más suaves y tu cabello es más vaporoso.

—¡Oh, mi cabello!—dijo Leah, tristemente. Se había atado su roja cinta de raso alrededor—. Nunca lo puedo tener bien sujetado.

Wang Ma la miró.

—La cinta debería ser de oro—dijo—. Yo recuerdo que hay una de oro para ese vestido.

Revolvió la caja que madame Ezra había mandado poner en la habitación y encontró una rica cinta de oro.

—Cuando haya terminado de comer... —empezó.

—No puedo comer más—dijo Leah rápidamente.

—Entonces, permítame que le coloque esto en el cabello.

Con dedos diestros, puso la cinta de oro en torno a la cabeza de Leah.

—Esto va con el vestido, también—declaró más adelante, y abrió la caja de las joyas y sacó un collar de oro y pendientes del mismo metal.

Leah se sometió.

—Ahora venga conmigo junto a nuestra ama—le ordenó Wang Ma. Tomó la mano de Leah, y, sorprendida de su fuerza, la levantó y la miró—: ¡Por qué, es una mano de muchacho!—exclamó

—He tenido que trabajar—dijo Leah avergonzada.

Wang Ma dio vuelta la mano que sostenía.

—La palma es suave—siguió—. Los dedos blandos, y la piel todavía es fina. Yo le frotaré aceite en las manos por la noche. Después de unas semanas estarán lindas.

Empujó a Leah suavemente, y así llegaron hasta madame Ezra, quien, mientras esperaba, estaba bordando, con puntadas firmes y unidas, la pieza de oraciones hebreas.

—Entra, hija mía—le dijo a Leah—. Ven y siéntate conmigo.

Así que Leah entró y se sentó, madame Ezra la miró con ojos penetrantes.

—Tienes un hermoso aspecto—le dijo.

—Wang Ma me adornó—dijo Leah—. Yo me había puesto el vestido, pero no estas cosas.

Y tocó el oro que llevaba.

—Me pareció demasiado sencilla—dijo Wang Ma—. Es tan alta, que puede llevar abundancia de oro.

—No es tan alta como David—contestó madame Ezra rápidamente.

—David es muy alto—dijo Leah con timidez.

—Pronto estará aquí para saludarte—replicó madarne Ezra.

Volvió a sumirse en su bordado, y Wang Ma entró en otra habitación.

Sola con madame Ezra, Leah, sentada, con las manos ociosas, se sentía extrañamente incómoda. Quería a aquella amiga de su madre y estaba más cerca de ella, en cierto sentido, que de ningún otro ser humano. Sabía que madame Ezra ansiaba hacerla su hija. Pero no sabía qué esperaba de ella, así es que no podía hacer nada más que esperar.

Como si fuera capaz de discernir estos pensamientos, madame Ezra levantó la vista. El cuarto era muy silencioso. En la habitación de al lado, Wang Ma se movía realizando su trabajo. Ningún otro ruido llegaba de la gran casa.

—Tú sabes por qué estás aquí, Leah—observó madame Ezra.

—No muy bien, querida tía—replicó Leah.

—¿Recuerdas la promesa que te dije que tu madre y yo hicimos sobre tu cuna antes de morir ella?

Leah bajó la vista sin responder. En su regazo, sus manos fuertes y jóvenes se cruzaron estrechamente.

—Yo quiero que David y tú os caséis—dijo madame Ezra. Y las lágrimas le asomaron a los ojos. Levantando el borde de su ancha manga, se las enjugó en la sedosa batista y observó cómo se sonrojaba lentamente la cara de Leah. La muchacha volvió a mirarla con ojos honestos y llenos de pena—. ¿Por qué no te he de decir con claridad lo que quiero?—preguntó madame Ezra apasionadamente—. Es la única esperanza que tengo. ¡Pero no sólo yo, Leah!—acercó más su silla a la de Leah—. Hija, tú sabes... y nadie mejor que tú..., lo que está sucediendo a nuestro pueblo aquí en esta ciudad china... ¡Cuán pocos de nosotros somos felices! ¡Leah, nos estamos perdiendo!

—Los chinos son muy amables con nosotros—dijo Leah.

Madame Ezra hizo un ademán de enojo con la mano derecha.

—¡Eso es lo que Ezra está diciendo siempre! Porque los chinos no nos han asesinado, ¿significa eso que no nos estén destruyendo? Leah, yo te digo que cuando tenía tu edad, la sinagoga estaba llena cada séptimo día. Tú sabes cuán pocos acuden hoy.

—Sin embargo, eso no es culpa de los chinos...—dijo Leah, vacilante.

—Lo es, lo es—insistió madame Ezra—. Ellos simulan que les gustamos... Siempre están dispuestos a reírse, a invitarnos a sus fiestas, a hacer negocios con nosotros. Siguen diciéndonos que no hay diferencia entre

nuestro pueblo y el suyo. Sin embargo, Leah, tú sabes que hay una diferencia infranqueable entre ellos y nosotros. Nosotros somos los hijos del verdadero Dios, y ellos son gentiles. Ellos adoran imágenes de arcilla. ¿Has mirado siquiera un templo chino por dentro?

—Sí—tartamudeó Leah—. Cuando era niña, a veces Aarón y yo íbamos... sólo para ver...

—Bien, entonces ya lo sabes—respondió madame Ezra.

—¿Podernos culparlos—Leah se mostraba amablemente terca— sólo por ser amables?

—No son amables por magnanimidad solamente—replicó madame Ezra—. No, no, yo te digo que el ser corteses es una treta suya. Nos conquistan por medio de estratagemas. Consiguen que sus mujeres engatusen a nuestros hombres. Y fingen ser tolerantes... ¡y hasta dicen que de buena voluntad adoran a nuestro Jehová lo mismo que a sus ídolos!

La redonda cara de madame Ezra era roja y hermosa cuando hablaba con tanto fervor a la muchacha. Leah continuaba escuchando, con las manos todavía cruzadas en el regazo.

—¿Qué quiere usted que haga yo, tía?

—Yo quiero que tú... persuadas a David—dijo madame Ezra—. ¡Tú y él juntos, Leah! ¡Piensa cómo podrías influir en él!

—Pero David me conoce—dijo Leah, con su modo honrado—. A él le parecería extraño si yo fuera diferente... de lo que he sido siempre.

—Tú eres mayor ahora, tú y él—insistió madame Ezra.

—Nosotros hemos sido siempre como hermano y hermana —dijo Leah, sencillamente.

Madame Ezra apartó el bordado de su regazo y se levantó. Empezó a caminar arriba y abajo por la habitación.

—¡Eso es precisamente lo que quiero que olviden los dos!—exclamó—. Eso estaba bien cuando eran niños. Leah...

Hizo una pausa, y Leah se levantó.

—¿Qué más, tía?

—Tú sabes lo que quiero decir—dijo madame Ezra, severamente.

—Lo sé, pero no sé cómo hacerlo—dijo Leah. Las lágrimas acudieron a sus grandes y bellos ojos—. Usted quiere que yo... yo...

—Que lo atraigas, que lo atraigas—dijo madame Ezra, con la misma voz áspera.

—No puedo—dijo Leah, rápidamente—. Sólo conseguiría que él se riera de mí. Y yo me reiría de mí misma. No sería... yo—alargó su mano y tomó la de madame Ezra y la retuvo entre las suyas—. Tengo que ser yo misma, querida tía, ¿no es cierto? Conozco a David también.

Sintió el corazón enternecido ante la idea de que David y ella se envalentonaran ante esta señora a quien ella quería y, sin embargo, temía.

—Quizá yo lo conozca mejor aún que usted. ¡Perdóneme, tía! Comprenda, tenemos casi la misma edad. Y yo siento algo en él... algo,

grande... y bueno. Si yo pudiera hablar directamente a esa parte de él... que está también en mí...

Se miraron a los ojos una a otra, mientras ella hablaba así. Madame Ezra escuchaba latiéndole el corazón. ¡Sí, Leah podía hacer eso! Entonces, de repente, antes que madame Ezra pudiera replicar, oyeron un gran ruido que llegaba desde los patios de afuera. Voces que gritaban, gongs que retumbaban. Wang Ma que salía apresurada del dormitorio.

—¡Señora, debe de ser la caravana!—exclamó, y salió de prisa a averiguar.

Ante la puerta del patio tropezó con su marido, el viejo Wang.

—¡La caravana, la caravana!—chillaba éste—. ¡Señora mayor... el amo dice... que haga el favor de venir!... ¡Es la caravana!

Madame Ezra retiró su mano de entre las de Leah.

—Tendremos que ir—dijo—. Mejor que sea hoy y no mañana, sábado.

Pero Leah se sentó tranquila.

—Tía, déjeme esperar aquí... Déjeme pensar... en lo que usted ha dicho que es mi deber.

—Muy bien, hija—replicó madame Ezra—. Piensa en ello y ven cuando quieras.

—Sí.

La voz de Leah era un suspiro. Un momento después estaba sola; cruzó los brazos sobre la mesa que tenía a su lado y apoyó la cabeza entre ellos. Luego, al cabo de pocos segundos, se levantó y fue a un rincón del cuarto, y de pie, con la cabeza hacia la pared, empezó a orar con una suave voz sollozante.

La llegada de la caravana era, cada año, un acontecimiento para toda la ciudad. Las noticias acerca de ella corrían de boca en boca, y cuando la larga fila de camellos se acercaba caminando por la polvorienta senda, al lado de las calles empedradas, las puertas de todas las casas y tiendas eran abiertas y estaban atestadas de gente. Sobre un altivo camello blanco, a la cabeza de la caravana, iba sentado Kao Lien, el socio de confianza de la casa Ezra. Detrás de él aparecían guardias armados con espadas y antiguos mosquetes extranjeros, y, más atrás, se afanaban los cargados camellos. Todos estaban fatigados por las largas jornadas hacia el Oeste, a través del Turquestán, y luego la vuelta, por pasos montañosos, pero para el regreso a casa, los hombres se habían adornado con lo mejor que tenían, y hasta los camellos sostenían las estrechas cabezas en alto y se movían con majestad.

Al final de todos, venía Ezra en su coche de mulas. Durante días había apostado hombres a lo largo de las últimas millas de la ruta de la caravana, al acecho y listos para partir a traerle noticias de ella. En las primeras horas de la mañana de aquel día había recibido al mensajero casi sin aliento, y había oído que la caravana estaba viajando a marcha forzada y que llegaría a la ciudad dentro de pocas horas. Con previsión, el emisario avisó al guardián de la puerta, quien había pedido el coche de mulas, y en él Ezra había salido de prisa, decidiendo comer en una posada. Había encontrado a la caravana en una villa, a unas diez millas de la ciudad, y luego de recibir a Kao Lien con un gran abrazo, ambos habían tomado un apresurado desayuno y habían seguido de nuevo hacia la ciudad, yendo tras de la caravana el coche de mulas de Ezra. Había ordenado que levantaran las cortinas de raso azul, y ahora pasaba sonriente a través de las calles expectantes, contestando con la mano a todos los saludos.

Ante la puerta dorada de la casa de té que estaba en la calle principal, vio a su amigo Kung Chen, fumando una larga pipa de bambú con punta de cobre; ordenó al mulero que detuviera el vehículo y lo dejara bajar para poderle hacer al mercader chino la cortesía de pasar delante de él a pie. Se paró para hacer una reverencia y saludarlo; la caravana hizo un alto mientras tanto.

—Lo felicito por el regreso a salvo de su socio y la caravana—dijo Kung Chen.

—Los camellos están cargados con las más ricas mercancías—replicó Ezra—. Cuando tenga tiempo, le suplico que venga y vea lo que tenemos, a fin de que pueda escoger lo que usted quiera para sus tiendas. Le dejaré elegir a usted primero. Sólo lo que quede irá para otros mercaderes, una vez firmado nuestro contrato.

—Gracias, gracias—replicó el cortés chino.

Era un hombre grande y grueso; su túnica de brocado le quedaba un poco más corta por delante a causa de la barriga. Una chaqueta de terciopelo negro, sin mangas, suavizaba las curvas.

Ezra, más afectuoso aún, con amistosa delicadeza, le instó:

—Venga mañana, querido amigo, a servirse una comida modesta conmigo, y después podremos mirar las mercancías con toda comodidad. ¡No!—se interrumpió—. ¿Qué estoy diciendo? Mañana es nuestro Shabat. Otro día, querido amigo.

—Excelente, excelente—replicó Kung Chen, con su voz melosa. Hizo una inclinación de cabeza, empujó gentilmente a Ezra hacia su silla, y la caravana continuó su camino.

Poco antes de llegar a las puertas de su casa, Ezra vio a su hijo David, que saltó ágilmente sobre la muralla de ladrillo de su propiedad y corrió al lado del primer camello, saludando a Kao Lien con un movimiento de su brazo derecho. Entonces salió disparado hacia delante y cruzó las puertas.

Los portadores de la silla se rieron.

—El joven amo despertará a toda la casa—dijeron.

Ezra rió con orgullo como respuesta. Estaban delante de la puerta, y aunque ya había pagado a los mozos de mulas, cuando pararon el coche buscó dentro de su ancho cinturón, donde estaba su bolsa del dinero, y sacó unas monedas más para ellos.

—Para vino, para vino—dijo con voz alta y animada.

Ellos sonrieron, sus caras relucientes al sol.

—Muy agradecidos—respondieron, y se llevaron el carro vacío.

Uno por uno se arrodillaron los camellos delante de las puertas, soplando, suspirando y resoplando por sus flojos labios; rápidamente les quitaron la carga y la transportaron dentro. Luego los cuidadores de los camellos condujeron las bestias a sus establos y cerraron las puertas. Tan grande era la curiosidad de las gentes de la calle, que muchos habrían entrado en los patios para ver las mercancías extranjeras, pero el portero no se los permitió.

—¡Atrás!—bramaba—. ¿Son ustedes bandidos o ladrones?

Detrás de sus propios muros, Ezra condujo a Kao Lien el gran salón. David, al otro lado, se colgaba con afecto del brazo de éste.

—Quiero oírlo todo, tío mayor—decía.

No había parentesco de sangre entre Ezra y Kao Lien, pero se habían criado juntos de niños, porque el abuelo de Kao Lien era judío, aunque su padre había tomado una esposa china, que era la madre de Kao Lien, y éste había sido útil a Ezra en sus negocios con los mercaderes chinos. Kao Lien era un hombre judío con los judíos y chino con los chinos.

Su cara, larga y estrecha, parecía fatigada al pasar sobre las piedras llenas de sol en los patios. Una bondadosa sonrisa jugueteaba en sus labios, medio ocultos por su barba algo rala, y sus oscuros ojos eran amables. Tenía la voz baja y profería las palabras lentamente y las formaba con gracia.

—Tengo mucho que contar—dijo.

Frente a ellos estaba madame Ezra, delante de la puerta del gran salón; Kao Lien la vio y la saludó con una inclinación de cabeza.

—¡Bienvenido sea a su casa!—exclamó ella.

—¡Dios es bueno!—replicó Kao Lien.

Entró cuando retrocedió ella, y le rindió pleitesía, a lo cual respondió ella inclinando la cabeza, con lo que quería significar que no era enteramente su igual. Una chispa de burla pasó por los ojos de Kao Lien, pero estaba acostumbrado a sus maneras y habría sido impropio de su persona preocuparse por el orgullo de ella.

—¿Dónde extendemos las mercancías, señora?—preguntó. Siempre le pedía instrucciones a ella si estaba presente, pero sabía (y Ezra comprendía que lo sabía) que, para él, era el hombre el verdadero cabeza de familia.

—Yo me sentaré aquí, en mi silla—respondió madame Ezra—, ustedes pueden abrir los lotes uno a uno delante de mí.

Se sentó y Ezra se sentó enfrente. Wang Ma se adelantó y sirvió té, y un criado ofreció golosinas en una bandeja de porcelana dividida en dos partes. Todos los sirvientes se habían amontonado silenciosamente dentro de la habitación. Estaban de pie a lo largo de las paredes para observar lo que pasaba. David tiraba de las cuerdas del primer lote, con prisa de abrirlo.

—Con cuidado, joven amo—dijo Kao Lien—. Hay algo precioso en ese bulto.

Se paró sobre fardos y cubiertas e intentó deshacer el nudo que David había estado a punto de romper. Quedó deshecho bajo sus dedos, largos y ágiles. Dentro de la basta tela de envolver había una caja de metal. Abrió la tapa y sacó del paquete interior un gran objeto de oro.

—¡Un reloj!—gritó David—. Pero ¿dónde se vio semejante reloj?

—No es un reloj ordinario—dijo Kao Lien con orgullo.

Ezra miraba extrañado las aureas figuras de niños desnudos cuyas manos sostenían el reloj.

—Es muy hermoso—dijo—. Esos niños dorados están gorditos y bien hechos. Pero ¿quién querrá esto?

Kao Lien sonrió con cierto aire de triunfo.

—¿Recuerdas que Kung Chen me pidió que trajera un regalo para el Palacio Imperial? Desea ofrecerlo cuando se abran las tiendas nuevas en la capital del Norte. Yo compré esto como regalo.

Ezra estaba lleno de asombro.

—¡Qué cosa!—exclamó—. Ningún hombre común podría usarlo. Pero el Palacio Imperial... ¡Ah, sí!—se acariciaba la barba, complacido, mientras contemplaba el gran reloj—. Esto cerrará el contrato entre Kung Chen y yo, ¿eh, hermano?

—Me gustaría poder abrir este reloj por detrás—decía David—. Me gustaría saber de dónde proviene su energía.

—No, no—dijo Ezra, presuroso—. Nunca podrías volver a armarlo de nuevo. Ponlo aparte, Kao Lien, hermano; es demasiado valioso. ¡No me digas lo que costó!

Hubo risas con esto, y los sirvientes, que habían estado contemplando las doradas figuras con admiración, observaron con ojos reverentes cómo lo guardaban, pensando que cuando lo abrieran la próxima vez sería ante el Trono del Pavo Real. Solamente David veía de mala gana meterlo de nuevo en la caja.

—Desearía poder ir al Oeste con Kao Lien la próxima vez, padre—dijo—. Debe de haber en los otros países muchas cosas dignas de admiración que nosotros no tenemos aquí.

—Joven amo, no nos deje—exclamó Wang Ma—. Un hijo único no debe dejar a sus padres hasta que haya un nieto.

Madame Ezra se mostró algo profunda ante esta intrusión de Wang Ma.

—Algún día nos iremos, todos nosotros—dijo—. Este no es nuestro país, hijo mío. Tenemos otro.

Ante esto, Ezra, a su vez, sintió desagrado. Hizo un movimiento con la mano, dirigido a Kao Lien, y dijo:

—Vamos, vamos, muéstranos qué otras cosas traes.

Kao Lien se dio prisa en obedecer, sabiendo bien que, sobre el asunto de la tierra prometida de sus padres, Ezra y su esposa no podían estar de acuerdo, y ordenó que se abrieran las cargas, hasta que su contenido estuvo extendido y todo el salón resplandecía con telas y chucherías, con cajas de música, figuras que saltaban, muñecas y curiosidades de todas clases, como rasos y terciopelos e incluso pieles del Norte. Todos estaban encantados con lo que veían, y Ezra calculaba sus beneficios en silencio. Cuando todo fue mostrado, cada cosa en su clase, escogió un regalo para cada sirviente y miembro de la familia. Para Peonía apartó un peinecito de oro; a Wang Ma le dio una pieza de tela fina para ropa interior; a Madame Ezra, su esposa, le regaló una pieza de terciopelo carmesí, con todos los hilos, trama y urdimbre de seda.

En cuanto a David, se movía como en sueños de una cosa a la otra, entre las riquezas extendidas ante sí, con tanto placer, que parecía mudo. Cuanto más veía, más deseaba conocer los países de donde procedían tales maravillas y la gente que era tan inteligente como para hacerlas. Le parecía que debían de ser las mejores gentes del mundo. Concebir esta belleza, tales formas y colores; crear belleza en formas sólidas y cosas resplandecientes, en ricos materiales, en máquinas y energía, de seguro debía ser obra de pueblos nobles y valientes, de grandes naciones, de civilizaciones poderosas. Ansiaba más que nunca viajar hacia el Oeste y ver por sí mismo a aquellos hombres que podían soñar de un modo tan elevado y crear semejante realidad. Quizá él mismo perteneciera

más a aquellos pueblos que al suyo. ¿No habían venido sus antepasados del oeste de la India?

Ezra miraba intranquilo a su hijo. David estaba en la edad en que todas sus curiosidades naturales están despertando, y tenía el corazón impaciente de deseos incumplidos. Si su madre lograba transferirle su anhelo constante de dejar el país, que insistía en llamar un lugar de exilio, ¿cómo podría Ezra solo imponerse a los dos? David amaba el placer, y Ezra fomentaba su amistad con otros jóvenes de la ciudad. Pero ¿y si estos placeres se le hacían vulgares y añejos? Conforme observaba a su hijo, le parecía a Ezra que no estaba como había estado otros años. No prorrumpía en exclamaciones ante cada chuchería, objeto y maravilla, complacido con la cosa en sí. Una preocupación más profunda había en los ojos de su hijo, aparente en su cara y sus maneras. David estaba pensando, el corazón se le escapaba.

—¡Hijo mío!—gritó Ezra.

—¿Qué, padre?—respondió David, apenas escuchando.

—¡Escoge lo que quieras para ti, hijo mío!—gritó Ezra, en voz alta, para volver a David a la realidad.

—¿Qué puedo escoger yo?—murmuró David—. ¡Lo quiero todo!

Ezra trató de reír de buena gana.

—¡Vamos, vamos!—exclamó en el mismo tono alto de voz—. ¡Se arruinarían mis negocios!

Todos estaban mirando, para ver lo que escogía David, pero él no quería darse prisa.